

En los cuernos de la luna

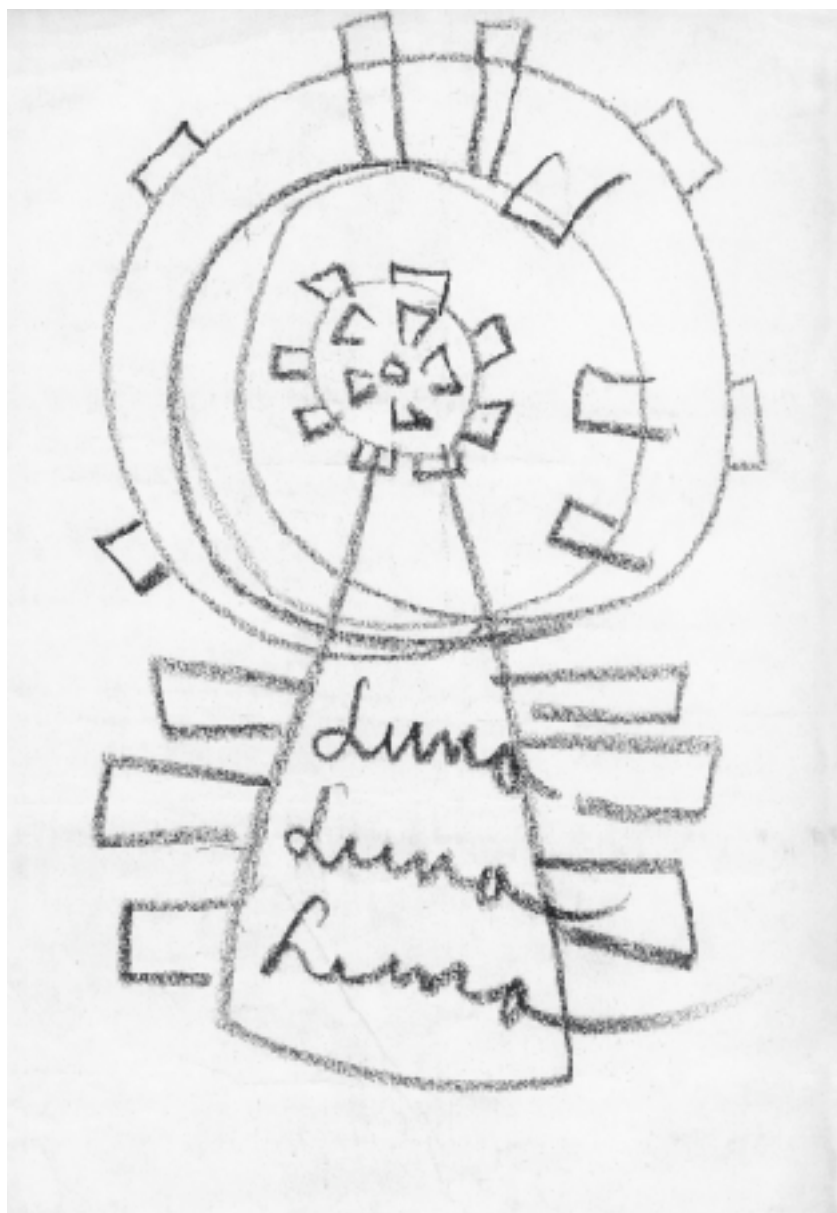
Sealtiel Alatraste

10 de febrero de 2006: fallece Juan Soriano meses después de haber recibido el Premio Velázquez de Artes Plásticas del Ministerio Español de Cultura en reconocimiento a su trayectoria artística.

día una violencia contenida, una insatisfacción crónica que hacía difícil mis estadías. El toro de Soriano, sin embargo, revelaba la calma del mundo en sus maneras,

Parece que viaja sobre una barca o que un velero la sostiene en su transcurso por el firmamento. Cuando uno ve *La Luna* que esculpió Juan Soriano no puede más que sentirse atrapado por la sensación de que la diosa Selene ha salido a su viaje nocturno y por casualidad la sorprendemos fugazmente. Cada instante, cada detalle de la obra parece contenerlo todo: la espiritualidad que en forma de luna creciente evoca el sitio donde la Virgen de Guadalupe planta el pie, el enigma del árbol de la Cábalá en el tronco y el anagrama superior, el esplendor del universo en el círculo mayor, el rostro de Dios insinuándose a la mirada, y la sensualidad arrebatada con que el espectador lo admira. Con las obras de Soriano uno está tentado a poner dentro sus propios anhelos. Sus esculturas, óleos, dibujos, vasijas, son un gran recipiente, un espacio magnético en donde, más que descubrir las intenciones del artista, uno da forma a sus sueños, a sus ideales y encuentra un camino hacia la esperanza. Nunca podré olvidar el día que admiré por primera vez su *Toro echado* en el malecón del río Grijalva. Caminaba detrás de la comitiva que iba a inaugurar la escultura, y tras un recodo lo vi cubierto por una manta sobre un pedestal de bronce. Me habían prevenido que Soriano había forjado una figura fuera de proporción, pero no podía imaginar qué era. Me paré a una distancia prudente y, después de un discurso, alguien jaló la manta y la bestia quedó a la vista. No tenía ojos (fue lo primero que me impactó) y, sin embargo, sentí que su mirada se perdía en las aguas del río. No había vuelto a Villahermosa en muchos años, no era una ciudad que me agradara, sentía que cada esquina escond-





y puesto ahí, en el nuevo malecón del Grijalva, era un oxímoron que daba sentido a la ciudad e insinuaba que la tradicional violencia tabasqueña era cosa del pasado. Tuve la impresión de que el mundo entraba en un remanso de creatividad. Cuando la comitiva se retiró, me acerqué, miré la cornamenta pequeña que corona la cabeza del animal (que también tiene forma de luna creciente) y sentí que había entendido algo, no sabía qué, pero que Juan Soriano había logrado que el ruido de las aguas del Grijalva que se escuchaba a mis espaldas, contuvieran un sortilegio.

Juan Soriano nació el 18 de agosto de 1920 en Guadalajara, Jalisco, y muy pronto destacó en los círculos artísticos de su estado por su capacidad artística multiforme y plural. Dio sus primeros pasos en el mundo de la plástica a los ocho años (un crítico que no se arredra ante ninguna cursilería lo llamó el Mozart de la pintura), y a los catorce ya formaba parte del taller de Francisco Rodríguez, famoso artista local conocido como *Caracalla*, quien organizó su primera exposición colec-

tiva en el museo de Guadalajara y que fue visitada por artistas tan célebres como Lola Álvarez Bravo, María Izquierdo y José Chávez Morado.

Enemigo de las formalidades, Soriano fue un autodidacta que evitó el protagonismo de otras figuras de su generación. Con quince años llegó a la Ciudad de México, donde se relacionó con la juventud intelectual capitalina, Carlos Pellicer, Xavier Villaurrutia, Octavio Barreda, Agustín Lazo, Lupe Marín, María Asúnsolo, Elena Garro, Rufino Tamayo y Octavio Paz. Con una cierta tendencia al escándalo, Juan recuerda que en una cena que en ese tiempo hicieron en honor de Tamayo, él se emborrachó tanto que se subió a la mesa y se orinó en la concurrencia. “Cuando al día siguiente me di cuenta”, confesó mucho después, “me sentí muy mal. Los Tamayo estaban furiosos y sin embargo, a los dos o tres días me llamaron para decirme que era un monstruo, pero que me fuera a comer porque me debía de sentir muy solo. La gente me había hecho el vacío, estaba escandalizada por lo que hice”.

El mundo, y particularmente la estética de los Contemporáneos, le produjeron un raro influjo, no fue sólo la libertad sexual de sus miembros, que Soriano aceptó con fervor, sino que con ellos aprendió —y aprehendió— la amplitud del arte sin fronteras. Los poemas de aquel grupo sin grupo, que llenaba con frases coloquiales el ámbito cosmopolita de sus reuniones, marcaron la pintura del joven que había llegado a la capital para comerse al mundo. Se sentía marcado por el color de otro de sus maestros, Chucho Reyes, pero leyendo a Cuesta, a Gorostiza, a Gilberto Owen descubrió que aquel color deslumbrante podía revelarse, como la poesía de sus amigos, en el ancho mundo de la plástica universal.

La vida cultural de la ciudad le obligó a expandir sus horizontes culturales, le permitió forjar un estilo propio y afinar su aplicación de la forma. A este periodo, desarrollado de 1936 a 1950, pertenecen la mayoría de sus retratos, que constituyen un variado mosaico de estudios de carácter que revelan los rasgos emotivos, tanto del sujeto plasmado como del creador, y me atrevería a decir que del espectador. Es evidente que Soriano consideraba que su obra estaba más ligada a la vida cotidiana, a la gente con la que tuvo la suerte de vivir, que con las ideas en boga.

Como era inevitable, empezó a acudir al círculo de Diego y Frida, y en el 36 se afilió a la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios. Sin embargo, pronto se distanció de ese grupo y siguió su camino alejado de los *grandes* de la pintura mexicana. Le disgustaba que su arte contuviera elementos políticos, algo que él, fiel al credo de los Contemporáneos, siempre evitó. “Uno no tiene que meter ideas en la mente de la gente a través del arte porque comete el mismo error que las religiones que quieren establecer lo que debe ser bueno y malo”,

diría tiempo después en la inauguración de una de sus exposiciones en Budapest. Para él, como para el Villaurrutia de *Nostalgia de la muerte*, la obra de arte debería manifestar y contener lo profundo del amor, de la muerte y de la vida, pero de ninguna manera dar lecciones ni hacer críticas, ni ser un arte limitado por la nacionalidad. “La vida eterna se me haría algo horrible”, le gustaba decir. “Me gusta que la vida tenga un límite aunque no se sepa cuál es. Eso de volver a la nada, de donde uno sale y brilla por un instante, es algo maravilloso”. Por ese entonces Sergio Pitol lo etiquetó como *perpetuo rebelde*.

En 1950 empezó su peregrinaje por Europa. Primero viajó a Roma, donde logró la madurez intelectual y plástica, además de que demostró la convicción, más que habilidad, de que había que transitar de lo clásico a lo moderno a través de la experimentación de estilos, formas, materiales y géneros. Sus visitas a la península itálica lo acercaron al arte renacentista, al preclásico, en particular el micénico, y al cretense, pero muy probablemente fue la relación con María Zambrano, guía de los jóvenes artistas que visitaban la capital italiana, la que le permitió desarrollar la mezcla de espiritualidad y sensualidad de la que su obra está cargada. Quizás en esa época nació un sentimiento que lo acompañaría toda la vida, y que él mismo (cuando a los ochenta años contestó el famoso cuestionario Proust) definió a la perfección:

El amor de mi vida es un fantasma, porque en realidad, el amor físico que viene del instinto, me traía mucha desdicha. No me gustaba la secreción, las venidas y perder el control del cuerpo y jadear como animal y que si no lo hace uno cree que se va a morir. Cuando es así, al minuto de que uno lo hace, lo que se quiere es que la persona con quien lo hizo se vaya. Como eso no me gusta, me dije, voy a procurar no hacerlo. Porque la reacción era como la cruda del alcohol: física y moral. Era como un tiempo despedazado.

El 25 de enero de este año, después de haber recibido todos los premios posibles (en 1987 se le otorgó el

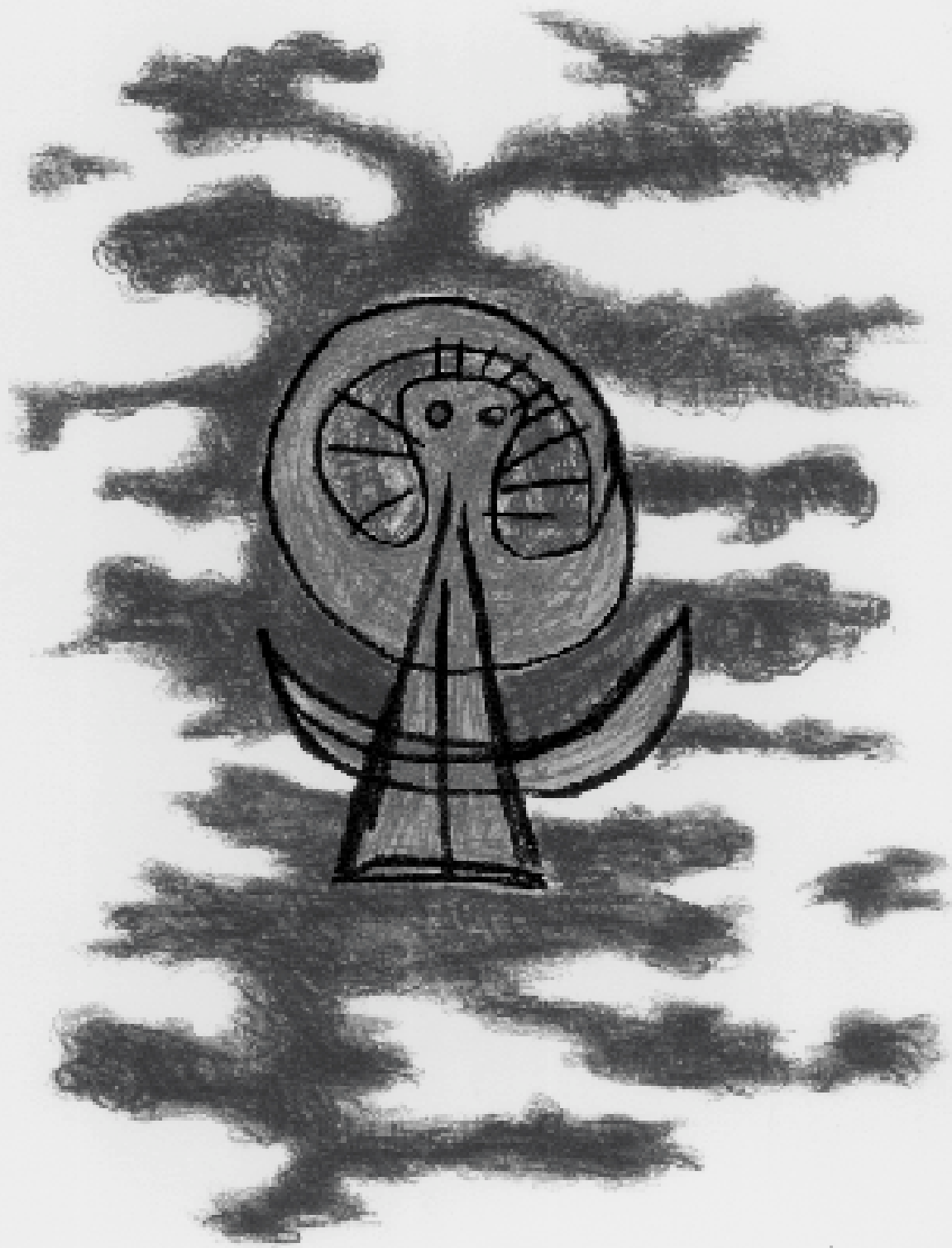
Premio Nacional de Artes mexicano; en 2004 la condecoración de la Legión de Honor del Gobierno de Francia en el grado oficial, y el Gobierno de España, el prestigioso Premio Velázquez de Artes Plásticas 2005) Juan Soriano fue internado en el Instituto Nacional de Nutrición. Su compañero sentimental de toda la vida y representante, Mark Keller, lo acompañó durante toda su agonía. Dicen que murió tranquilo, que su vida se fue extinguiendo poco a poco. Cuando pienso en él, imagino que, sumido en la inconciencia, sabía que a su muerte seguirían una retahíla de homenajes y es posible que dentro de sí repitiera lo que dijo tras la celebración de sus ochenta años:

Me siento perturbado por la cantidad de gente que he tenido que ver con lo de mis ochenta años, porque nunca festejaba mis cumpleaños. No era costumbre en mi familia. En mi casa se contaba que una vez mi padre había acabado con una fiesta a balazos, entonces, para mí, la idea de fiesta es como de abandono. Más cerca de la orgía, que de la fiesta. Siempre he encontrado horrible la fiesta. Cuando alguien me invitaba a alguna comida o reunión, que iba a degenerar en fiesta, yo ya llegaba ebrio sin haber bebido; estaba ya confuso por haber ido, y entonces acababa haciendo una barbaridad. Esa manera de juntarse, de beber y de decir cualquier pendejada y con la que todo el mundo se divierte, me repugnaba, pero no era lo suficientemente valiente para decir *no voy*.

Pero no le quedó más remedio, a las 5:10 de la mañana del 10 de febrero, cuando casi con delicadeza su corazón dejó de latir, Juan Soriano fue a festejar su triunfo sobre la vida a los cuernos de *La Luna* que con tanto amor esculpió para que los mexicanos supiéramos de la grandeza de su espíritu.

Vale la pena destacar (para no pensar que el país sólo está sumergido en el caos político) que los dos grandes premios que España otorga al quehacer cultural, el Cervantes y el Velázquez, fueron concedidos casi simultáneamente a mexicanos de la misma generación que fueron entrañables amigos: Sergio Pitol y Juan Soriano. **U**

Enemigo de las formalidades, Soriano fue un autodidacta que evitó el protagonismo de otras figuras de su generación.



P. 2 42

Luna 2

p. Arion 98.